

Al menos en lo que hace a la tradición moderna, es Georg Christoph Lichtenberg quien pasa por ser un verdadero renovador de esta manifestación literaria, quizá por las circunstancias que han contribuido a convertirle en un ejemplo único en la materia por cuanto en tal actividad especulativa se encierra, con exclusividad, toda su obra.

Muchos otros aforistas de genio entendieron su importancia. «Podemos utilizar los escritos de Lichtenberg –escribió Goethe– como la más maravillosa de las varitas mágicas; donde él hace una broma, hay algún problema oculto». Y Canetti: «Su curiosidad está libre de toda atadura; surge de cualquier parte y se dirige a cualquier parte». Repárese: un mundo literario pleno de sugerencia, de invitación a la reflexión, de juego constructivo donde la naturaleza y el secreto del hombre y su destino centran la materia sobre la que se ironiza, sobre la que se especula.

«Este empirista de formación inglesa –escribe Juan del Solar¹³– pragmático y antimetafísico, se centra, claro está, en el estudio de la naturaleza y del ser humano, en la tarea de explorar “las caras del alma”, que asume a sabiendas de que nada es tan insondable como el sistema de móviles de nuestros actos, y a través de la cual se aproxima hasta los umbrales mismos del inconsciente». Veamos algunos ejemplos de cómo expresa el propio Lichtenberg esos pensamientos capaces de trasladarnos más allá, a un paisaje más rico del que una primera lectura nos había hecho sospechar: «Puede asolearse el día bajo una idea cálida», o bien: «Jamás inteligencia alguna se paralizó con mayor majestuosidad»¹⁴.

No es difícil comprobar cómo, en efecto, una vez percibido el significado de estas escasas palabras, uno puede ir más a lo hondo, hacia un sustancial infinito que trasciende el valor de tales pensamientos, de tales sugerencias, percibiendo, además, hasta qué punto tal contenido supone y exige una forma de vínculo, de aceptación, que nos remite inexcusablemente hacia nosotros mismos.

* * *

Puede tratarse de un ejercicio de reflexión más o menos vago, pero resulta del todo absorbente, implicador. El lector pasa a ser el protagonista, el que piensa, extendiendo su voluntad –lo que implica la magnificencia de la duda– hacia el pensamiento. Es así que, a través del aforismo, se puede llegar a plantear, de hecho, la comunicación más amplia, al modo de una universalización del contenido filosófico más estricto.

¹³ G. C. Lichtenberg: *Aforismos*, ed. de Andrés Sánchez Pascual, Edhasa, Barcelona, 1994, p. 13.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 74-75.

Su valor y su destino son, han sido siempre, un enriquecimiento del mundo interior a través de la palabra. La comunicación, por ello, adquiere en el aforismo una cota milagrosamente alta de perspectiva, de identificación, de inteligencia. Su dificultad está en su exigencia. Nada, en el aforismo, ocurre en vano, nada es baladí en esas pocas palabras elegidas que transmiten más que un significado, su esencia. De ahí que tradicionalmente se le haya vinculado a esos dos tensos extremos de la poesía y la filosofía.

* * *

Siempre, lo que se transmite es el secreto (o los secretos) del hombre, y siempre alcanza cotas de verdadera introspección en aquel que los formula. Es una donación del hombre que está en el origen y en la duda, como acaso no podía ser de otro modo. «Nietzsche, buen filólogo —escribe Sánchez Pascual¹⁵— conoce perfectamente el significado del término aforismo: significa “llevar algo fuera de su horizonte”, o, mejor, henchir de tanto contenido las palabras que algo rebose del horizonte lingüístico y quede fuera de él, pero estando allí como la parte oscura, irónica, paródica. Esta media verdad excedente, que queda fuera, es la sal que impide que la “verdad” se corrompa».

Ya nos lo había advertido antes, poniendo de manifiesto su opinión al respecto: «los aforismos no son juegos de palabras, sino todo lo contrario, la expresión de una absoluta seriedad que, sin embargo, sonrío». De ahí que «el principal enemigo del género es la pereza mental, la rutina, que convierte en trivialidad lo que presume de ser una frase brillante». Y no tarda en echar mano, como fundamento para tales argumentaciones, del ejemplo escrito derivado de Nietzsche: «Se avergonzó de su santidad y la disfrazó», o bien, «Lo que se hace por amor acontece siempre más allá del bien y del mal»¹⁶.

Este decir trascendente ya quedó expuesto que acude, por lo común, a la brevedad más que a la frase larga y redundante, hasta el punto de llegar a conformar un rasgo distintivo de su naturaleza: «Es mi ambición decir en diez frases —escribió el autor de *Ecce homo*— lo que todos los demás dicen en un libro; lo que todos los demás no dicen en un libro»¹⁷.

* * *

¹⁵ Friedrich Nietzsche: Aforismos.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 63 y 114.

¹⁷ Eugenio Trías recogió una intención similar cuando escribió que «todo verdadero pensamiento es siempre “aforístico”, da igual que necesite para explayarse siete líneas o setecientas páginas», *vid nota 12*.

¿Cabría establecer una relación entre esta manifiesta voluntad de recoger únicamente lo primigenio, lo esencial, y la que expuso Edmond Jabès cuando dijo: «En mi caso, el aforismo –lo que podríamos llamar la frase desnuda– surge de una necesidad de rodear a las palabras de blanco para permitirles respirar»¹⁸. A buen seguro que sí, que tal relación resultaría oportuna, y entonces ese blanco no sería sino la parte oculta, la que encierra y otorga la condición de posibilidad y pertinencia al significado aforístico.

Es más, quizás en ese blanco esté una buena parte del secreto. De un modo más argumentado lo expone el profesor Sánchez Pascual: «En un proceso dialéctico el aforismo cree y descrea a la vez. Se trata, pues, de un pensar que permanece abierto por uno de sus lados, lo cual le permite salvarse del nihilismo (mediante la creencia) y del dogmatismo (mediante la increencia). Por el lado que da a la lógica, el aforismo, apretado contra la pared de las leyes de aquélla, permanece cerrado. Por la parte que da a la vida insondable, permanece abierto. El aforismo contiene una visión verdadera, pero no una certeza conclusa. Es una invitación a la aventura del pensamiento y de la vida. El aforismo es, en suma, un trascender desde dentro del lenguaje, pero permaneciendo en él»¹⁹.

Ello, como pretendidamente querría Jabès, para poder «asistir respetuoso a las leyes eternas que subyacen al mundo fenoménico, donde cada caso particular no es sino la manifestación simbólica de lo universal»²⁰.

Y todo, en fin, porque «la razón última reside en permanecer fiel a esos “secretos de los senderos de la vida” que no pueden ni deben revelarse, tal como apunta el maestro de Weimar en la reflexión liminar del *Archivo de Macaria*: “Los secretos de los senderos de la vida no pueden ni deben revelarse; hay piedras de toque con las que debe tropezar todo caminante”»²¹.

* * *

Cabría señalar, no obstante, como remate, esa duda metódica que Michael Ende (escritor que ha cultivado fundamentalmente la fantasía en sus obras de creación literaria, cultivo que no le ha impedido ser, tal como ha quedado puesto de manifiesto²², un aquilatado pensador en sentido lato; antes al contrario, acaso habría que pensar que tal cultivo haya propiciado en él un mundo especulativo más rico de lo habitual. Recuérdese al res-

¹⁸ Recogido en Paul Auster *El Arte del Hambre*, Edhasa, Barcelona, 1992, p. 135.

¹⁹ Vid. nota 15, p. 14.

²⁰ Johann Wolfgang von Goethe: *Máximas y reflexiones*, ed. de Juan del Solar, Edhasa, Barcelona, 1993, p. 9.

²¹ *Ibidem*, pp. 9 y 153.

²² Michael Ende: *Carpeta de apuntes*, Alfaguara, Madrid, 1996, pp. 62-63.

pecto aquella famosa frase de Alvaro Cunqueiro: «En la fantasía está la auténtica realidad, la más verdadera») aportó en alguno de sus aforismos hasta ahora casi secretos. Por ejemplo, cuando escribe: «¿Qué quiere usted decir cuando afirma que ha “entendido” una poesía?», o bien: «Cuando varias personas leen el mismo libro, ¿leen realmente lo mismo?» Y, aún, aquel pensamiento tan sutil: «¿Es posible, sin espíritu, negar el espíritu?».

A mi entender, Ende hace una aportación muy interesante a la literatura aforística al proceder a introducir en su formulación la interrogación, algo que no es habitual. En efecto, cabría plantearse, ¿aún en la rotundidad más propia de alguno de los aforismos de Wilde o Joubert, no subyace, de fondo, la explícita presencia de una búsqueda de respuesta? ¿No subyace la formulación de la pregunta decisiva en el hombre acerca del por qué, lo que incluiría su por qué ontológico?

Tal vez sería en vano no querer entender la expresión reflexiva del aforismo como una pregunta, como la manifestación de una duda esencial y oculta (aquí estaría incluida esa parte constitutiva de su naturaleza que hemos señalado como «lo que no se dice»). ¿Qué es el pensar sino duda? ¿Qué es, sino duda (y pregunta) el ser hombre?²³

Hasta nosotros llega, desde la lejanía, la respuesta-sentencia del viejo Goethe: «Pero el poeta señalará el punto preciso».

Así sea.

²³ «Las certezas —ha escrito, no sin cierta ironía, Santiago Sylvester— suenan más verdaderas entre signos de admiración», Revista Occidente, n.º 186, Nov. 1996, p. 148.

